

queza. Amemos á Dios con fervor y con ternura, y podremos verdaderamente mucho. Crece el ánimo al paso que el amor. No hay, pues, que disculpar con nuestra flaqueza nuestra pusilanimidad; desvanecen, confunden esta disculpa los santos y las santas que la Iglesia nos propone cada día por modelos. No hay edad, no hay sexo, no hay achaques, no hay dificultades que nos puedan servir de excusa legítima y verdadera. Toda nuestra flaqueza (confesémoslo sinceramente) consiste en nuestra mala voluntad; y esta voluntad ineficaz, cobarde y pusilánime es efecto de nuestro poco amor de Dios. Amemos generosamente á Dios, y tendremos valor, confianza y feliz suceso en todo. No te contentes con invocar puramente á los santos que la Iglesia nos propone cada día, no solo por protectores, sino también por ejemplares; considéralos como tales, y dite á tí mismo: Esto hicieron ellos para ser santos; ¿seré yo haciendo lo que hago?

2. No manda Dios á todos que reformen religiones ni comunidades; pero á todos manda que las edifiquen y que las den buen ejemplo. A todos y á cada uno manda que se reforme á sí mismo, sus costumbres, su profesion y su vida. Pocos padres y madres de familia habrá que no tengan mucho que reformar en su casa, en sus criados, en sus hijos, en su tren, en sus personas; esta reforma te pide Dios; pues dedícate á este zelo. Ninguno hay que no pueda reformar su comunidad reformándose á sí mismo; el buen ejemplo es una muda reforma. Refórmese cada uno á sí, y muy en breve quedará reformada toda la familia, toda la comunidad y toda la religion.

DIA XVI.

MARTIROLOGIO.

DOSCIENTOS Y SETENTA MÁRTIRES, los cuales fueron martirizados juntos en Africa.

LOS SANTOS MARTINIANO Y SATERIANO CON OTROS DOS HERMANOS suyos, allí mismo; los cuales en la persecucion de los vándalos en tiempo de Genserico rey arriano, siendo esclavos de un cierto vándalo, fueron convertidos á la fe católica por STA. MÁXIMA, virgen, la cual también era esclava, y estando firmes en la fe, primeramente fueron apaleados con palos nudosos, y descarnados hasta los huesos; mas como padeciesen muchos dias este tormento, y al día siguiente los encontrasen milagrosamente sanos, al fin los desterraron. En el desierto habiendo convertido muchos bárbaros á la fe de Cristo, consiguieron



S. GALO ABAD.

del papa que les enviase un presbítero y otros ministros para que los bautizase. Por último atados por los pies á la trasera de un carro de cuatro caballos, los hicieron arrastrar por selvas escabrosas hasta que murieron. Máxima despues de haber vencido muchos tormentos, y saliendo milagrosamente salva, se encerró en un monasterio, donde fué prelada de muchas vírgenes, y murió santamente.

LOS SANTOS SATURNINO, NEREO, CON OTROS TRESCIENTOS SESENTA Y CINCO MÁRTIRES, ítem. (Estos santos padecieron también martirio como los anteriores en el mismo país durante la persecucion de Genserico rey de los vándalos, por medio de tormentos que inventó á propósito la mas refinada crueldad.)

SAN ELIFIO, martirizado en tiempo de Juliano apóstata, en Colonia.

SAN BERGARIO, abad y mártir, ítem. (Fundó el monasterio de Hanvilliers, donde se retiró, y otros dos en la diócesis de Chalons, los cuales enriqueció con reliquias de Roma y Jerusalem, adonde habia ido en peregrinacion. Murió en 696 víctima de su zelo á manos de un monje á quien habia reprendido. El Santo se contentó con exhortar al culpable á la penitencia.)

SAN AMBROSIO, obispo de Cahors, en la diócesis de Bourges.

SAN LULO (ó LULIO, ó LULON), obispo y confesor, en Maguncia. (Fué inglés y discípulo del venerable Beda. Pasó á Alemania á instancias de S. Bonifacio, quien le envió á Roma á consultar con el papa Zacarias sobre ciertas dificultades que no queria encomendar á cartas ni escritos. A su vuelta el mismo S. Bonifacio le preparó para sucesor suyo, y fué consagrado obispo de Maguncia con el consentimiento del rey Pepino y la aprobacion del clero y de todo el país. En los últimos años de su vida renunció su obispado, y se retiró al monasterio de Harsfield, que él mismo habia fundado, donde acabó santamente sus dias por los años de 787.)

SAN FLORENTIN, obispo, en Tréveris.

SAN GALO, abad, discípulo de S. Columbano, en Arbon ó Arbona de Alemania. (Véase su vida hoy.)

SAN GALO, ABAD.

FUE S. Galo irlandés, de familia distinguida en el país, aun menos por su calificada nobleza, que por su notoria bondad, ejemplar y celebrada virtud. Nació hácia la mitad del sexto siglo; y como sus piadosos padres consideraban por su primera y principal obligacion la buena educacion de sus hijos, luego que enseñaron al niño Galo los primeros principios de la vida cristiana, desde su misma infancia se le ofrecieron á Dios en el monasterio de Bencor, sito en el país de Ultonia, para que fuese educado en su santo temor y en el estudio de las letras bajo la disciplina de S. Columbano, cuya virtud universalmente aplau-

dida, añadía mucho esplendor y hacía entonces muy célebre aquel monasterio. Era el niño Galo de tan bellas inclinaciones, de una propension tan natural á todo lo bueno, de un ingenio tan vivo, tan perspicaz, y por otra parte tan dócil, que en breve tiempo hizo maravillosos progresos en la ciencia de los santos y en la inteligencia de la sagrada Escritura; de manera, que explicaba con admirable claridad los lugares mas oscuros y mas dificultosos. Ni olvidaba el estudio de las letras humanas por dedicarse al de las sagradas; antes bien cultivaba el admirable genio que tenia para la poesia; aunque solo le ejercitaba en asuntos piadosos, y S. Columbano estaba igualmente enamorado del candor que de la habilidad de su querido discípulo.

Era abad y fundador de aquel monasterio S. Congal. Este admirando las bellas prendas de aquel tierno mancebo, y reconociendo por los dones con que el cielo le habia prevenido que le destinaba Dios para ser santo, le admitió á la profesion religiosa luego que tuvo edad para hacer los votos. Reinaba el fervor en el monasterio; y hallándose Galo con tan grandes ejemplos, se supo aprovechar de ellos tan admirablemente, que en breves dias dejó atrás aun á los mas fervorosos. Siendo el primero á todos los actos de comunidad, exactísimo en la observancia de las leyes, humilde, mortificado y devoto, era la admiracion y el modelo de todos sus hermanos; tanto, que prendado estraordinariamente el santo abad, quiso que recibiese los sagrados órdenes, siendo tambien del mismo parecer todo el monasterio. Sobresaltado nuestro Santo considerando la elevacion de tan sagrado carácter, y mucho mas asustado á vista de su indignidad, se valió de toda su elocuencia y de todo su ingenio para persuadir su improporcion. Pero todos los esfuerzos de su humildad solo sirvieron para confirmar al abad en su primera resolucion; y siéndole forzoso obedecer, lo mas que pudo conseguir fué por entonces que no ascenderia del diaconato, y que se le concederian algunos años mas para disponerse á recibir el sacerdocio.

Estaba destinado S. Columbano por la divina Providencia para pasar á Francia, y resucitar en aquel reino el espíritu de soledad, de oracion y de penitencia que se observaba en el Oriente, y se admiraba á la sazón en Irlanda. Con este fin, y con el beneplácito de S. Congal, escogió doce monges en el monasterio de Bencor para que fuesen en su compañía, buscando todos algun espantoso desierto donde dedicarse tranquilamente á las dulzuras de la contemplacion, distante de todo tumulto. No

se olvidó S. Columbano de su querido discípulo S. Galo, y fué el primero en quien puso los ojos. Costó mucho dolor al monasterio de Bencor desprenderse de aquel precioso tesoro, cuyo inestimable valor tenia bien conocido, y toda la comunidad acompañó con amargo llanto la salida del convento de aquel angelical mancebo, que era su admiracion y su ejemplo. Pasaron de Irlanda á Inglaterra, y desde allí á Francia por los años de 589. Hicieron mansion por algun tiempo en los estados de Childeberto II, rey de Austrasia, que deseaba mucho se domiciliase en sus dominios aquella santa tropa; pero el amor á la soledad los movió á buscar algun horroroso desierto donde únicamente se pudiesen dedicar á conversar con su Dios desviados del comercio de los hombres. Hallaron lo que deseaban en el monte Vosga, que separa la Lorena de la Borgoña y de la Alsacia en los confines de los dos obispados de Toul y de Besanzon. Era un bosque estéril, sombrío y espantoso, mas oportuno para retiro de fieras, que para habitacion de hombres, y por lo mismo ningun sitio mas acomodado á los deseos de S. Columbano y de S. Galo. Casi dos años se mantuvieron en él con una absoluta falta de todo lo necesario para las comodidades de la vida; pero abundantemente recompensados con los estraordinarios consuelos que recibian del cielo.

Por mas cuidado que pusieron nuestros Santos de vivir escondidos é ignorados de las gentes, su misma virtud los hizo traicion, pues á la fama de ella concurrieron muchas á aquel dichoso desierto para admirar en él un género de vida verdaderamente celestial. Agnoaldo, padre de S. Ayl, y otras muchas personas virtuosas los hicieron vivas instancias para que pasasen al territorio de Borgoña, ofreciéndoles una casa de campo vieja llamada Luxeu, en la diócesis de Besanzon, sita á la otra parte del mismo monte Vosga. En ella fundó S. Columbano un monasterio, y nuestro S. Galo fué de los primeros que abrazaron la regla que el mismo S. Columbano prescribió á los que quisiesen vivir debajo de su obediencia. Muy desde luego fué á todos nuestro Santo modelo cabal de fervor, de penitencia y de observancia; tanto, que dilatada su fama, atrajo en breve tiempo un prodigioso número de religiosos que cada dia acudian á alistarse en las banderas de Cristo bajo la disciplina y la conducta de tan santos capitanes.

Encendido Galo cada instante mas y mas en el deseo de servir y de agradar al Señor, pasó muchos años en el retiro y en el silencio de aquella dulce soledad, hasta que quiso el mismo Señor acrisolar su virtud con nuevas pruebas, motivadas de los

disgustos y de las persecuciones que Thierry, rey de Borgoña y sucesor de Childeberto, escitó contra Columbano y sus discípulos á instigacion de Brunequilda, irritada de que el Santo habia afeado al rey los desórdenes que la misma reina autorizaba. Fué violentamente sacado de su monasterio el santo abad, y desterrado á Nantes para hacerle volver desde allí á Irlanda; con cuya ocasion S. Galo, acompañado de S. Eustaquio, monge del mismo monasterio de Luxeu, que despues fué su abad, no considerándose seguro en él contra los insultos de aquella princesa, se refugió en Austrasia bajo la proteccion del rey Teodoberto. Encontró en la corte de este príncipe á su venerado maestro san Columbano, que arrojado por una tempestad á las costas de Flandes, habia venido á buscar asilo en ella; concurrencia al parecer casual, que llenó de gozo al maestro y al discípulo. No acomodaba el aire de la corte al genio de los dos Santos, y pidieron licencia al rey para retirarse á Italia; pero el religioso príncipe, que no podia resolverse á ver salir de sus estados á aquellos dos grandes siervos de Dios, les rogó que escogiesen en todo su reino el sitio que mas les agradase para servir en paz al Señor, instruyendo y edificando á sus pueblos. Aceptaron este favor; y subiendo por las orillas del Rhin, entraron en el país que ahora llamamos de los Suizos, adelantándose por las márgenes del Limat hasta el término del lago de Zurich; y entrando en el territorio de Zug, encontraron un sitio que les pareció muy acomodado para fijar en él su soledad. Todos los pueblos comarcanos que yacian todavía sepultados en las tinieblas de la idolatría, trataron de arrojarlos de allí. Compadecidos nuestros Santos de su lastimosa ceguedad, se dedicaron á instruirlos en la religion cristiana; pero los hallaron poco dispuestos á oír sus instrucciones. No pudo S. Galo detener los ardores de su zelo, y puso fuego á los templos de los falsos dioses, arrojando en el lago las ofrendas con todo lo demás que estaba destinado á los detestables sacrificios. Irritados los paganos de tan generosa accion, determinaron quitarle la vida; pero informado con tiempo S. Columbano, le obligó á retirarse con sus compañeros, esperando ocasion mas favorable para trabajar en la conversion de aquellos miserables idólatras. Llegando á un lugar llamado Arbon, encontraron en él un santo sacerdote, por nombre Willimar, que informado de sus intentos, y sabiendo que buscaban algun sitio retirado donde fundar un monasterio, les dió noticia de un desierto vecino donde habia ciertas ruinas muy antiguas que los podrian servir de celdas. Era el desierto verdaderamente horroroso, mas por lo mismo fué muy de su gusto. Encontraron en

él una capilla dedicada á S. Aurelio, pero profanada por los gentiles, que habian colgado de sus paredes dos ó tres ídolos. Encendióse el zelo de S. Galo á vista de aquella abominacion, y resolvió trabajar en la salvacion de aquella pobre gente con la esperanza de encontrar la corona del martirio. Viendo S. Columbano que S. Galo entendia y hablaba muy regularmente la lengua del país, no quiso poner limites á su zelo. Llegó el dia de la fiesta principal de aquel lugar, y concurrió á ella inmenso gentío, moviéndole tambien la curiosidad de ver aquellos extranjeros. Desplegóse entonces el zelo de S. Galo; predicó con una eficacia y con un valor verdaderamente apostólico contra las gentílicas supersticiones; demostró su falsedad, su impiedad y su malicia. Acompañando despues las obras á las palabras, arranca las estatuas, hácelas pedazos, y arroja en el lago los miserables fragmentos. Echó Dios la bendicion á su zelo. Convirtiése un gran número de gentiles, purificó S. Columbano la capilla, bendijola, puso una ara sobre el altar, y celebró el santo sacrificio de la misa. Fué creciendo aquella comunidad, levantáronse celdas al rededor de la capilla, y aquella colonia de santos religiosos hizo triunfar la vida monástica en medio del paganismo.

Respetaba siempre S. Galo á S. Columbano como á abad que habia sido suyo, y éste ejercia en aquél cierta especie de superioridad, en cuya virtud obligó, en fin, á su humildad á que se ordenase de sacerdote. Con la nueva sagrada dignidad se añadió nuevo esplendor á su virtud y visible aumento de grados á su fervor. Aunque su vida habia sido tan perfecta hasta entonces, le pareció que despues de sacerdote debía serlo mucho mas. Llegábase siempre al altar poseido de un santo y respetuoso temblor. Entregóse á los rigores de una penitencia sin limites; era continuo su ayuno, y despues de su muerte se encontraron tan crueles instrumentos de mortificacion, que solo verlos causaba horror. Por este tiempo pasó á Italia S. Columbano, y S. Galo se quedó en Bregentz; pero una grave enfermedad le obligó á disponer que le llevasen á Arbon á casa del virtuoso sacerdote Willimar. Luego que se sintió un poco recobrado suspiró por su amada soledad; y como un diácono del mismo Willimar, llamado Hiltibod, le diese noticia de otro desierto aun mas solitario que el de Bregentz, al punto se retiró á él. Con su presencia se ahuyentaron las serpientes y las fieras que se albergaban en aquella fragosidad. Luego que llegó á ella plantó una cruz, y dió principio con un riguroso ayuno de tres dias, que pasó sin tomar en ellos cosa alguna; y delineó el plan de

una iglesia dedicada á la santísima Virgen, á quien toda la vida profesó tierna devocion, apellidándola siempre su querida madre.

Aunque estaba nuestro Santo tan desviado del comercio de los hombres, no por eso se mantuvo largo tiempo desconocido. No bien se estableció en el nuevo sitio, cuando su reputacion le trajo algunos discípulos. Formó tan alto concepto de su virtud el duque Cunzon, señor de aquel país, que teniendo una hija poseída del demonio, rebelde á muchos exorcismos, acudió á san Galo, y quedó libre la doncella. Reconocido el duque á tan grande beneficio, y confirmado en la opinion de su eminente santidad á vista de aquel milagro, habiendo vacado por entonces el obispado de Constancia, hizo todo cuanto pudo para que S. Galo le admitiese. Pero estaba muy distante de consentir ser obispo el que se consideraba indigno de ser sacerdote; y así nunca fué posible vencer su humildad. Rogáronle que á lo menos señalase alguno de sus discípulos para que ocupase aquella silla episcopal, y él propuso al diácono Juan, á quien el mismo Santo habia formado de su mano; y admitida su propuesta, predicó S. Galo en el dia de su consagracion.

Detúvose algunos dias con el nuevo obispo, ayudándole con sus prudentes consejos, y despues se volvió á su soledad, y erigió la iglesia, cuyo plan habia delineado, fabricando al rededor de ella doce celdas para sus discípulos. Este fué el origen del famoso monasterio, ó de la célebre abadía de S. Galo, que subsiste el dia de hoy en el país de los Suizos, acompañado de una ciudad del mismo nombre, cuyo soberano es el abad, con dignidad y con asiento entre los príncipes del imperio. Etabló en ella nuestro Santo la disciplina monástica, segun la regla de S. Columbano, honrándose siempre de ser hijo y discípulo suyo.

Habiendo muerto S. Eustaquio, abad de Luxeu, todos los monges eligieron por abad á S. Galo; pero éste renunció aquella abadía con el mismo teson con que habia renunciado el obispado, y nunca quiso salir de su soledad. Vivió en ella algunos años despues de muerto S. Columbano, cuya muerte supo por divina revelacion. Al mismo paso que iba avanzando en la edad, iba creciendo en el silencio, en la oracion y en la penitencia; sin que ni la vejez, ni los molestos achaques que la acompañan fuesen bastantes para hacerle aflojar en el rigor con que maceraba su carne, y así era cada dia mas fervorosa y mas tierna su devocion. En fin, habiéndole convidado el santo presbítero Willimar para que fuese á ver la fiesta de su parroquia, admitió S. Galo el convite: pasó allá, y el dia de la fiesta predicó delante de un

inmenso gentío que habia concurrido á la solemnidad. Tres dias despues cayó malo, y murió en Arbon con la muerte de los santos el dia 16 de octubre, hácia el año de 646, á los ochenta de su edad, que casi todos los habia pasado en diferentes desiertos.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la siguiente:

Suplicámoste, Señor, que la intercesion del bienaventurado abad S. Galo nos haga gratos á vuestra divina Majestad, pa-
ra que consigamos con su proteccion lo que no podemos con nuestros merecimientos. Por nuestro Señor, etc.

La Epistola es del cap. 45 del Eclesiástico, y la misma que el dia III, pág. 51.

REFLEXIONES.

Fué amado de Dios. ¿Qué elogio se podrá hacer, ni mas honorífico ni mas ventajoso para un hombre, que decir fué amado de Dios? Honrar Dios á uno con su amistad, ser favorecido del muy alto, tener la dicha de agradarle, ¿no es el colmo de la humana felicidad? ¿puede aspirar á mas la ambicion del corazon humano? Ser amado de un gran príncipe, á esto se dirigen todos los esfuerzos, todo el ardor, todas las ansias de los cortesanos, persuadidos á que con efecto ninguna cosa produce mayores gracias, ni mas estimables honras que la benevolencia carinosa del príncipe. Pues el amor que Dios nos tiene es el manantial, es la medida de todas las que nos dispensa su bondad. Ninguno hay que no se pueda lisonjear de ser amado de Dios; ninguno que no tenga en particular pruebas muy sensibles de su amorosa ternura. La que mas fuerza suele hacer á los hombres, es la de los beneficios. ¿Y nos falta á nosotros esta prueba? Además de los beneficios generales y comunes á todos los hombres, de la creacion, de la redencion y de las gracias ordinarias y universales, ¿qué efectos no experimentamos todos de una providencia particular con cada uno? Ella ha hecho y ella está haciendo cada dia cien pequeños milagros en nuestro favor. ¡Qué proteccion especial! ¡qué saludables inspiraciones! ¡qué paternas cuidados, á pesar de nuestra mala correspondencia, á pesar de nuestra infidelidad, á pesar de nuestra ingratitud! En ninguna cosa reparo, por decirlo así, un Dios cada dia mas empeñado en darnos mas y mas testimonios de su amor. Es verdaderamente incomprendible su bondad; ¿pero será menos incomprendible nuestra

ingratitude á un Dios tan bueno? Es el corazon del hombre naturalmente sensible á las demostraciones del amor: déjase ganar naturalmente de aquellos beneficios que verdaderamente le acreditan. ¿Será posible que solo el infinito amor de Dios no le haga fuerza? Honrámonos mucho, hácese vanidad de merecer la confianza, la estrecha amistad de un grande: sabemos que Dios nos favorece con la suya; ¿y quién hace cristiana vanidad de merecer su infinita benevolencia? ¿qué diligencias no se hacen para lograr la gracia del soberano? ¿pero qué pasos se dan para merecer la de Dios? Indágase con el mayor cuidado todo aquello que puede ser del agrado de un grande cueste lo que cueste; mas que corra peligro la vida, todo se hace, á todo se espone un ambicioso por merecer su aprobacion. Todos sabemos muy bien lo que es del gusto de Dios; ¿pero trabajamos por eso mucho en hacernos dignos de su amor? ¿sacrificámonos mucho por no desagradarle? Esto es una cosa tan incomprendible como la que mas. Algun dia se comprenderá este misterio de iniquidad; mas no será para remediarle. Si desde luego no prevenimos aquellos punzantes remordimientos por medio de la penitencia, ¿qué fruto sacaremos entonces de un espanto, de un dolor estéril?

El Evangelio es del cap. 19 de S. Mateo, y el mismo que el dia III, pág. 53.

MEDITACION.

Sobre los varios sucesos de la vida.

PUNTO PRIMERO. — Considera que nuestra vida está llena de diferentes sucesos que forman todo su fondo, y componen, por decirlo así, la serie de su constitucion ó economía. Son pocos los dias perfectamente serenos. Y sin traer ahora á la memoria aquellos accidentes de la infancia, en los cuales nos asistió singularmente la divina Providencia, paremos únicamente la consideracion en tanta multitud y variedad de sucesos como acompañan igualmente el destino de los grandes y de los pequeños, de los ricos y de los pobres, de la gente mas oscura y de la que mas brilla en esos grandes teatros. ¿De cuantos malos pasos, de cuantos barrancos, de cuantas quiebras están llenos todos los caminos! ¿Buen Dios, qué continua vicisitud en lo alto y en lo bajo! ¿qué monton de revoluciones en la vida de los mas dichosos del siglo! Aquél estaba veinte años hace en la cima, en la cumbre del favor, y hoy gime abatido y olvidado en un oscuro rincón, sin otra

prenda de lo pasado que la desconsolada memoria de sus raras aventuras. ¡Cuántos están mendigando el dia de hoy la gracia y la proteccion de aquellos mismos á quienes ellos hicieron hombres! ¡cuántos están dependientes de los mismos que los deben á ellos su fortuna! De tantas casas grandes como hacen papel en la historia, ¿cuántas hay de las cuales no nos ha quedado mas que el nombre? Sus posesiones, sus cargos, sus dignidades pasaron á los estraños, y hasta su nombre se confundió, trasladándose á otra familia. ¿Cuántos ricos comerciantes estamos viendo cada dia que vienen á parar en ser deudores de los que fueron sus manebos, sus factores ó sus comisionistas? Apenas acaba aquel de alhajar una casa, apenas acaba el otro de comprar una hacienda, cuando se ve precisado á cederla á un acreedor. Un naufragio, una pérdida, un incendio, una bancarota, un pleito que se perdió, da en tierra con toda una opulenta familia. La amistad que parecia mas invariablemente cimentada, quiebra, falta, se desmiente. El parentesco mas estrecho se desconoce cuando se atraviesan la pasion, la ambicion, ó el interés. La estimacion y la amistad siguen á la fortuna. Un accidente, una enfermedad basta para que muden de semblante los mas zelosos cortesanos. Fuera de eso, ¿qué tristes, qué enfadosos incidentes en las familias mas dichosas! Son pocos los hijos que tarde ó temprano no llenen de pesadumbres á sus padres. ¿Y cuantos matrimonios hay felices? Pero aun entre los mas iguales, entre los mas unidos, ¿qué de disgustos, qué de desazones, por acaccimientos tan estraños como inevitables! Busca en el mundo una condicion exenta de molestias y de cuidados: imagina algun estado que esté á cubierto de los dolorosos accidentes de la vida. Dentro de nosotros mismos tenemos un terreno fecundo de tribulaciones y de inquietudes, que van creciendo al paso de los años: de esta manera, mi Dios, con admirable sabiduría quereis hacernos conocer y hacernos palpar, que verdaderamente vivimos en un lugar de destierro, y que no tenemos que esperar ni consuelo ni felicidad sino en el cielo, nuestra dulce y nuestra amada patria.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que es locura pretender ser dichosos en la tierra: solo Dios nos puede hacer felices. ¡Pero ah, y cuánto perdemos en no aprovecharnos á lo menos de los tristes accidentes de la vida! Ninguno hay de que no podamos sacar mucho provecho; y se puede asegurar que con este fin los dispone Dios, ó los permite. No hay medio mas eficaz para desprender del mundo nuestro corazon, para que nos causen disgusto y tedio todas sus cosas. Esas amarguras que mezcla Dios en

todos los gustos de esta vida, pueden servir maravillosamente para desvanecer las ilusiones de que están preocupados los mas en orden al servicio de Dios, persuadiéndonos una verdad que nos importa infinito estar bien convencidos de ella. Esta es, que no hay en el mundo otra verdadera felicidad que la de vivir una vida verdaderamente cristiana. No todos son llamados al estado religioso; pero todos tienen obligacion de santificarse dentro de su propio estado. Los mayores contratiempos y los mas funestos revéses de la vida contribuyen mucho para estimar mas la que es verdaderamente ajustada á las leyes de la religion; porque ella sola enseña el secreto de no sentir los sinsabores que causan de suyo aquellos accidentes. Ni los monarcas mas poderosos lo son para impedir que nazcan las cruces sobre el mismo real trono, habiéndolas sembrado Dios en todas partes. Solo la virtud cristiana sabe aligerar su peso y embotar sus puntas. Ella sola, auxiliada de la divina gracia, tranquiliza el espíritu, dilata el corazón, desvanece los espantos, disipa los temores, y hace gustar al alma cierta alegría pura, que es como precursora de la que gozan los bienaventurados en el cielo. Zúmbense en buen hora los disolutos, burlense muy á su salvo con insulsas chocarrerías de la modestia, de la circunspeccion, de la vida arreglada, penitente y retirada de los virtuosos y de los timoratos, que quieran que no quieran los han de tener envidia. Ellos son los dichosos en el mundo á pesar de todos los contratiempos que los puedan suceder.

Asistidme, Señor, con vuestra gracia para que tome el gusto á estas verdades prácticas y experimentales; de manera, que me sepa aprovechar de todos los infortunios, experimentando en mí mismo los consuelos que aun en este mundo trae consigo la vida cristiana y virtuosa.

JACULATORIAS. — ¡Oh Señor, y qué consuelos teneis reservados para los que os aman y ostemen! (*Psalm.* 30.)

Fuera de vos, Señor, ¿qué puedo ni qué debo desear en el cielo ni en la tierra? (*Psalm.* 72.)

PROPOSITOS.

1 Los que en el mundo se llaman estados, no son en rigor mansiones fijas: son únicamente ciertas sendas, ciertos caminos que toma cada uno para llegar al término de la vida, que es la eternidad. En cada uno de estos caminos hay sus malos pasos. Todo camino es áspero, quebrado, desigual; no hay que buscarle

ni mas llano ni mejor. Es, por decirlo así, esta vida una continua navegacion en un mar borrascoso, lleno de escollos, sujeto á muchas tempestades. Son en él frecuentes y furiosos los golpes de viento: cuando uno está engolfado en alta mar, necesita abrigarse en algun puerto; rara vez se camina á vela tendida, y casi siempre es menester navegar á fuerza de remo. Todas las costas son peligrosas, y los escollos que se ignoran son mas temibles que los que ya se conocen. Todo esto quiere decir, que en esta vida es preciso hacer el ánimo á muchos sucesos casi todos desabridos, y pocos de gusto. Resuélvete, pues, no ya á evitarlos todos, que seria un empeño tan ocioso como vano, sino á aprovecharte de todos para caminar al cielo. Sobre todo, guárdate bien de quejarte ó de murmurar de la divina Providencia: algun día sabrás que nada te sucedió que no fuese dirigido á facilitar tu eterna salvacion.

2 Considerando los adversos acasos de la vida como señales que te da Dios de su particular amor, no solo no te has de quejar, sino que debes rendirle muchas gracias por ellos. Este contratiempo que te parece tan desgraciado, te era necesario para desprenderte del mundo y de la vida. Créeme que sola esta consideracion te podrá endulzar los trabajos, convirtiéndolos en grande provecho tuyo.

DIA XVII.

MARTIROLOGIO.

SANTA HEDWIGIS (ó EDUWIGIS, ó AYOIZA), viuda, duquesa de Polonia, que durmió en el Señor el dia 13 de este mes. (*Véase su vida en las de hoy.*)

EL TRANSITO DE SAN ERON, discípulo de S. Ignacio (patriarca de Antioquia) en esta ciudad; el cual sucediéndole en el obispado (después que el emperador Trajano se llevó á S. Ignacio á Roma, y lo hizo devorar por las fieras), y siguiendo como buen discípulo las virtudes de su maestro, en defensa de su rebaño dió la vida por amor de Cristo (en el año 136.)

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS VICTOR, ALEJANDRO Y MARIANO, en el mismo dia. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SANTA MAMELA, mártir, en Persia; la cual por aviso de un ángel dejando el culto de los ídolos y convirtiéndose á Jesucristo, fué apedreada por los gentiles, y sumergida en un profundo lago.

SAN ANDRÉS DE CRETA (que hoy es Candía), monge, en Constantinopla; quien por el culto de las santas imágenes fué muchas veces